

Lois Valsa

La muerte al acecho

Don DeLillo, *Cero K*, Seix Barral,
traducción de Javier Calvo, Barcelona, 2016

"*Todas las tramas tienen tendencia a avanzar hacia la muerte. Es su naturaleza. Ya sean tramas políticas, terroristas, tramas de amantes, tramas narrativas o tramas de los juegos infantiles. Cada vez que tramamos algo, nos acercamos un poco más a la muerte. Es como un contrato que todo el mundo tiene que firmar, tanto los que urden la trama como los blancos de la misma*".

Narrador de *Ruido de fondo*, **Don DeLillo**, Seix Barral, 2006

Sé que algún día moriré, pero pienso menos en ello que cuando tenía 50 años
Don DeLillo

Don DeLillo (Nueva York, 1936) es un autor muy importante y referencia clara de la narrativa norteamericana actual. Sin duda, el gran maestro indiscutible de toda una generación de escritores. Un genial provocador ganador de la Medalla National Book Award 2015 por su trayectoria literaria. Una carrera que comprende dieciséis novelas, tres obras de teatro y numerosos premios como el Nacional Book Award por *Ruido de fondo* (1985; Seix Barral, 2006), el International Fiction Prize por *Libra* (1988; Seix Barral, 2006), el PEN/Faulkner Award de Ficción por *Mao II* (1991; Barral, 2008), la Medalla Howells por *Submundo* (1997; Seix Barral, 2009), el Jerusalem Prize y el PEN/Saul Bellow Award a toda su carrera y la Medalla del National Book Award por su contribución a las letras estadounidenses.

Estamos al tiempo ante un escritor de manías legendarias al que por lo visto era muy difícil entrevistar, a no ser en su última visita a España para la presentación de su nuevo libro. ¡Se ha dado un auténtico baño mediático! Una verdadera excepción ya que mucha gente sabe que no tiene teléfono móvil ni dirección de email, lee las noticias en papel y en el telediario, no en Internet; y entrega, si se lo piden, unas tarjetas de visita, que ya no puede dejar de llevar al acabar preso de su propia broma, en las que, al lado de su difuso nombre, aparece la frase "Prefiero no hablar de ello". Como se sabe, también sigue escribiendo con su máquina de escribir Olimpia y borrando y tachando a mano. ¡Una auténtica rareza en estos tiempos tan tecnológicos!

El narrador del Bronx ya es un autor imprescindible desde hace décadas. Su trayectoria había comenzado en 1982, y desarrollado con hitos como *Ruido de fondo*, *Libra* y *Mao II*, pero es en 1997 cuando reinventa el concepto de novela histórica con la fantástica y neotolstoiana, y summa de todas sus obsesiones, novela *Submundo*. Ésta era su más ambiciosa novela en fondo y forma, y cuya portada, en la edición original, presentaba una vista del World Trade Center rodeado de niebla, y se cerraba, una premonición, con la palabra "Paz". Desde entonces su vigor literario había caído en una prosa repetitiva y parecía no estar ya a la vanguardia, y desde luego no acorde con su máxima de "la literatura como forma concentrada del pensamiento".

Pero con esta última novela, *Cero K*, la más convincente, según la crítica especializada, desde su obra maestra *Submundo*, ha recuperado su vigor creativo y ha vuelto a la vanguardia literaria. A sus 79 sigue siendo el referente de la narrativa norteamericana contemporánea y renovando su papel de "chamán jefe de la escuela paranoide de la ficción". Estamos, pues, ante su novela más vital en mucho tiempo. En ella, recupera sus obsesiones más notorias (la tecnología, el terrorismo, el arte, la identidad o la pulsión por desaparecer), a las que contrapone una celebración de la vida. Al tiempo, esta obra es una auténtica oda al lenguaje, una profunda meditación acerca de la muerte y una aguda reflexión sobre lo que significa estar vivo.

Su argumento es que Jeffrey Lockart viaja con su padre Ross, inversor principal de un centro que se halla en una misteriosa instalación semienterrada donde se ensayan "suspensiones vitales", al sur de Kazajistán. Allí, financiada por poderosos, se ha fundado una comuna conocida como "Convergencia" (claramente inspirada en la ya existente Alcor Life Extensión Foundation de Arizona, donde ya hay ciento cuarenta y cuatro privilegiados durmiendo en nitrógeno líquido a la espera de que sus dolencias puedan ser curadas). Hasta

allí va a viajar el narrador, el torturado Jeff Lockhart, hijo del narcisista Ross, para asistir a los penúltimos ritos de su madrastra, Artis Martineau, actual mujer de Ross, para consolar a su padre, quien va a despedirse de su esposa, que va a sumarse al experimento. Dos años después, consciente y sin estar enfermo, Ross va a hacer lo mismo.

Michico Kakutani, la crítica literaria estrella del *The New York Times* (ver su reseña en *El Cultural* de El Mundo 20/05/2016), ha alabado la novela al máximo, tanto que ya se quiere hacer una serie de televisión, a pesar de señalar su comienzo abstracto y de trabajoso arranque hasta el final del primer tercio. Luego, según ella, cobra impulso al concretarse y abrirse hacia los temas predilectos del autor, en este caso la resurrección gracias a una técnica todavía en proceso de perfeccionamiento relacionada con la regeneración celular y la nanotecnología. Yo tuve también, al comienzo, la misma dificultad y sensación de desconcierto al leerla. Kakutani la ve como una muy convincente pieza de cámara que no aspira al alcance sinfónico de *Submundo*; y como una obra "sombria y fríamente futurista" comparada con su otra importante obra *Ruido de fondo*, que era "satírica y estaba llena de humor negro".

Su título tiene que ver con una unidad de temperatura llamado cero absoluto que equivale a menos doscientos setenta y tres coma quince grados centígrados. Pero también tiene que ver con los heraldos de una forma nueva de ver el mundo: "A vosotros os van a etiquetar como Cero K. Sois los heraldos, los que habéis elegido entrar prematuramente en el portal. Que no es una entrada majestuosa ni tampoco una página web de tres al cuarto, sino un complejo de ideas y aspiraciones y realidades conseguidas con gran esfuerzo" (p. 273). Cero K es una unidad especial que se dedica a los pacientes que han tomado la decisión consciente de "hacer la transición al siguiente nivel" antes de su muerte natural. Memoria, identidad y yo, a otro nivel. He ahí el quid de nuestra nanotecnología" (p. 273).

En esta original novela se vislumbran destellos de la Alicia de Lewis Carroll, de Kafka en las conversaciones kafkianas con los guardias de las instalaciones que hablan una jerga burocrática *New Age*; y en ella hay resonancias de los clásicos del cine de ciencia ficción como *2001. Una odisea en el espacio* (1968) de Kubrik. Todos los temas de otras novelas de DeLillo están, aquí presentes. Pero, además de ciencia ficción, debemos hablar de ficción filosófica en la que se plantea la utopía de un hombre endiosado que crea un lugar en el que vencer a la muerte. "Tanto los que creen como los que no, anhelan la inmortalidad", sostiene el autor. Una utopía que da alas a la ciencia y a la tecnología como sustitutas de las religiones que han prometido la vida eterna desde hace siglos para solucionar el tema de la mortalidad. Una utopía que cuestiona el autor como una idea ilusoria y peligrosa. ¡Un mito de la inmortalidad para multimillonarios!

El autor, que reconoce que no hizo mucha investigación científica sobre el tema, consigue con esta obra un difícil acercamiento a un mundo de frío absoluto que te deja helado y sin asideras. Su lectura a veces nos perturba por su asepsia, otras veces nos deja sin respiración ante un mundo insondable. Estamos ante una inquietante novela de prosa glacial cuyos personajes hablan como zombis. Ante un DeLillo químicamente puro en el que de nuevo se mezclan pasado y futuro. Pero esta novela más que de ciencia acaba hablando, de una forma cálida y sensible, de literatura y de sentimientos, de las cargas que llevamos encima y que no son otra cosa que el pasado y el deseo de borrarlo ("¿por qué sólo guardamos los malos recuerdos?"). De la relación con nuestros padres (en este caso, padre ausente que ha abandonado a la familia) y de los sentimientos ambivalentes hacia ellos, del conflicto edípico en una palabra. Al final, DeLillo nos devuelve, desde aquel siniestro mundo de "criogenicéis", a Manhattan, a un autobús en el que viaja el narrador, a la vida cotidiana misma. "Al

cabo de unos segundos las calles se cargaron con la última luz del día y el autobús pareció transportar aquel momento radiante" (p. 317). Frente a la utopía de inmortalidad de la que se ha hablado antes, la vida cobra de nuevo sentido en el alarido de un niño que señala el fulgor del sol suspendido, sin necesidad de "suspensión vital", con una precisión asombrosa entre hileras de rascacielos. "Aquel poder, aquella masa enorme, redonda y rubicunda era algo impresionante, en medio de nuestra aglomeración urbana, y yo sabía que existía un fenómeno natural en Manhattan, una o dos veces al año, por el que los rayos de sol se alineaban con la cuadrícula de las calles" (p. 317-318). Jeffrey recuerda entonces la frase de su padre de que *todo al mundo quiere apropiarse del fin del mundo* que da comienzo a la novela. Pero el niño estaba encontrando el asombro más puro en el contacto íntimo de tierra y sol. "Regresé a mi asiento y miré al frente. No necesitaba la luz del paraíso. Ya tenía los gritos maravillosos del niño" (p. 318).